



La adolescencia frente a la realidad social italiana

«¿Qué son los adolescentes?», es la pregunta que se formula el profesor Barbano, de la Universidad de Roma, para después contestarla ampliamente en el trabajo que encabeza estas líneas y que comentamos a continuación.

Son muchachos llegados a la fase de maduración, ya orgánica, ya psíquica, que les prepara para las funciones de la edad adulta. El considerado problema de la adolescencia, del que comienzan a entenderse los verdaderos términos, nace de esta situación expresada mejor que nada por el verbo *adolesco*, para indicar el que deviene o se está haciendo adulto. Hay en el adolescente una situación orgánica de inestabilidad hormonal que tiene su correlación en el comportamiento; hay también una manifestación crítica de la inteligencia que tiende a examinar el conjunto del patrimonio cultural o de civilización en que el hombre se mueve y al que está llamado el joven como miembro activo.

La crisis de la adolescencia, cualquiera que sea su expresión, encuentra aquí su explicación. No es sólo el esfuerzo del joven por independizarse de los adultos ni la tendencia a la originalidad, como la entendía Debesse; es también necesidad de examinar el contexto socio-cultural y de sus elementos, es la verificación de las dificultades eventuales de aceptación, es la identificación con algunos o muchos de estos elementos y el rechazo de otros, es, en fin, la innovación de otros elementos que se mantienen más adaptados a la realización humana en las nuevas situaciones histórico-sociales.

La adolescencia tiene un significado y un valor biológico, un significado psicológico y otro social que están íntimamente conexos, no como algo que se sucede, sino ligados, interdependientes, imbricados entre sí. El crecimiento somático está ligado a la herencia, a la constitución, al ambiente, a la cultura. El desarrollo psíquico está tanto más evidentemente en relación con el estado del organismo, con su vitalidad, con los estímulos internos dependientes de la constitución, de la edad, del sexo, de las condiciones de salud. Los estímulos externos, a su vez, dependen del ambiente, de la situación social, cultural e histórica. El desarrollo afectivo está ligado al dato orgánico y al psíquico. Finalmente, *el hecho social interviene como motivo de los estímulos y de las reacciones.*

Por ello se ha comprobado que los adolescentes no tienen las mismas manifestaciones en las diferentes culturas; lo han comprobado los antropólogos experimentalmente. Ahora bien: se podrá discernir lo que sea secundario en la diversidad de las reacciones, es decir, aquello que se ha adquirido por la cultura y lo que existe de primario en las reacciones, o sea aquello inherente a la naturaleza humana. Mas como es di-

fícil todavía darse cuenta de que los factores de la personalidad se reducen en síntesis sumaria a la herencia y al ambiente, *no puede hablarse de la adolescencia y de sus comportamientos como de un denominador común.* De ahí que nosotros hablemos de los adolescentes en Italia actual.

Estos adolescentes tienen necesidad de ser cuidados, nutridos, bien ejercitados. Necesitan ver y sentir cosas bellas, buenas, grandes, limpias. Están necesitados de respeto, pero también de ejemplo, de estímulo y de corrección, cuando urja, sin temor y sin tiranía, pero al mismo tiempo sin debilidad.

El peligro, por nuestra parte, es doble: o nos inclinamos (los adultos) hacia una protección excesiva del joven que se acompaña de un conservadurismo exagerado o, por el contrario, caemos en la indiferencia hacia aquél, que lleva a obrar sin preocupación alguna respecto del muchacho. Nuestro cometido es, sin embargo, bien distinto y debemos asumirlo.

Se dice que el adulto es conservador por naturaleza; mas aunque esto es verdad, es forzoso y exacto reconocer en esta postura el ejercicio de una función específica. *El adulto, en efecto, incluso biológicamente, está colocado frente al más joven para ayudarle a crecer, para protegerlo y para predisponer el mundo que lo acoja en una dimensión adaptada a él, y, finalmente, para introducirlo.*

Puede ocurrir, y ocurre, que en este punto el adulto tienda a cerrarse, proponiendo al joven su mundo como un *terminus ad quem* y poniéndose él mismo como el modelo que debe ser reproducido fielmente. Es una equivocación.

Pero no lo es menos el otro error, el del joven que quiere a toda costa la innovación extrema. La verdad, o, por mejor decir, la sabiduría, está en el equilibrio entre la conservación y el progreso. No es deseable la negación del joven ni la negligencia del adulto, pero menos todavía la adulación de la juventud, debilidad de un tiempo no muy lejano y de amargas consecuencias. El adulto se afirma frente al joven como custodio y portador de valores y es, al mismo tiempo, capaz de comprenderle y estar al tanto de sus exigencias. Conserva los valores y simultáneamente sienta las premisas del progreso, lo consiente y lo promueve.

POSICION DEL MUNDO ADULTO FRENTE AL JOVEN ITALIANO

Es muy útil comprobar cuál es la posición del mundo de los mayores respecto al del muchacho italiano de hoy; es decir, del joven que se encuentra en fase de personalización, de adquisición de la autonomía de

discriminación de la cultura en la que vive, de la resistencia, del rechazo, de la aceptación y asimilación de la misma. Y veamos, además, cuál es la situación respecto al muchacho, que exige a la sociedad los medios para entrar en ella como miembro activo y operante.

El adulto para los muchachos puede resumirse en la familia, la calle, la iglesia y la escuela, que son el esquema político indicativo por antonomasia de los ambientes de contacto social o, como suele decirse, de la socialización; los trámites por los cuales se llega al contacto con el mundo son al mismo tiempo las formas interpretativas del mundo mismo y de las cosas y hechos.

¿Cuál es hoy la situación de estos ambientes en Italia? ¿Qué cosa dan de hecho respecto de los valores y cómo los interpretan ante los jóvenes?

Sobre la crisis de la familia se ha dicho y se ha escrito mucho, y otro tanto se ha dicho de la calle. Con este último término queremos indicar la sociedad en su vida cotidiana que va desde el comportamiento social en el conjunto de las relaciones de contacto, de trabajo, de relación de usos y costumbres características a las manifestaciones de la cultura y a los medios de comunicación de masa, es decir, periódicos, revistas, cinematógrafo, televisión, radio, teatro.

ADOLESCENTE Y FAMILIA

El joven exige a la familia protección, calor, comprensión; exige que no sea, como en muchos casos, un lugar de encuentro ocasional, un hotel o restaurante o algo que se le parezca. En los tiempos actuales el problema de la familia y de sus funciones se plantea en términos precisos si se piensa en qué forma pueda conservar sus valores fundamentales en la nueva dimensión del mundo.

Actualmente la cohesión y eficiencia de la familia se ve rota por un conjunto de hechos: la igualdad de derechos entre los cónyuges, el menor número de miembros, la separación habitual de ellos en el transcurso del día, el encontrarse solamente por la noche son factores de transformación interna que alteran, a poco que se medite, las relaciones tradicionales en la familia. En la sociedad de hoy, industrial, mecanizada, urbanizada, donde la movilidad del hombre condiciona el trabajo y la vida, la casa llega a ser el lugar de encuentro ocasional o corre peligro de desaparecer. El contacto entre los miembros de la familia se reduce a lo esencial; ni los hijos encuentran a los padres en los mejores momentos, ya que los hallan siempre al regreso del trabajo, cansados y en condiciones anímicas que son las menos favorables a la distensión y a la normalidad de las relaciones.

Se han abierto y se van generalizando escuelas para padres, iniciativa loable, a pesar de las cuales permanece sin resolver todavía el hecho fundamental, que consiste en la adquisición y el mantenimiento de la serenidad interior. Aquí es donde valdría la pena insistir de modo particular, porque *representa la condición esencial del valor de la familia y es cuestión exclusivamente espiritual.*

El adolescente, volviendo a los suyos, debería encontrar la casa y la familia serenas. Los problemas conexos con esta exigencia (económicos, políticos, sociales) no se pueden soslayar, como tampoco podemos olvidar la tonalidad moral, espiritual y religiosa que la familia debe cultivar para ser educadora.

Cuando nos referimos al tono religioso hablamos de la profundidad y no de la superficialidad. No es que la observancia externa sea de escasa consideración, pero debe tener raíces en el sentido cristiano de la vida, en las costumbres sagradas que son el fundamento y sostén de ella. De esta clase de familia están necesitados los adolescentes.

LA CALLE Y EL ADOLESCENTE

Algo parecido acontece si de la familia pasamos a considerar el ambiente social. Hemos denominado *la calle como el término que engloba el ambiente que circunda al adolescente bajo todos los aspectos*; sin embargo, conviene precisar que el vocablo circundar no es exacto. El muchacho, igual que el hombre, está inmerso en el mundo; está inmerso en la calle, que lo estimula con todas las impresiones visivas, auditivas, táctiles, afectivas, que le suministra. Evidentemente, la sociedad no es sólo la calle; es, además, contacto humano, ambiente, idea.

Forzosamente, por una necesidad lógica o dialéctica, nosotros hemos considerado el hombre en sí, independientemente de todo influjo que no sea él mismo, sin tener en cuenta que su ser (el ser existencial), el «aquí y ahora», es dependiente de la estructura del mundo y del modo de inmersión en el mismo.

Ahora bien: el mundo, la sociedad, la calle, son la familia, son los otros hombres, son las relaciones socio-económicas, es la cultura, las voces, las imágenes, los sonidos, los modos de la vida que se presentan a cada uno de nosotros. Entre estos medios sugestivos están hoy los llamados medios de comunicación de masa de las revistas, la radio, la televisión, el cine; pero no menos sugerentes son las costumbres que van desde el modo de vestir hasta el estrechamiento de relaciones sociales, afectivas, en el mundo que vivimos.

Si es verdad que, independientemente de todo determinismo, estamos influenciados por el mundo circundante; si no es menos cierto que el hombre es hijo de su tiempo y que el problema educativo consiste en la realización de los valores perennes en una formulación histórica, concorde con la posibilidad de toda época, es necesario considerar qué es la sociedad, o sea la calle, para el joven italiano.

Se acostumbra, en un primer golpe de vista, a ver sólo el aspecto moral de la calle; es justo, si se tiene en cuenta que lo licencioso tiene una incidencia que no puede ser descuidada. Pero esto sólo es verdadero hasta cierto punto y dentro de cierto límite. Otra cosa es la libertad del arte, de expresión, la corrupción y libertad de mostrarse groseramente, capaces de corromper a cualquiera, y entre todos especialmente a los que tienen menos defensa, como los niños, los jóvenes, los sencillos.

La moralidad de una sociedad no consiste solamente en el modo de vestirse y de comportarse en lo que tiene de público o exterior. Es algo más; si queremos tomar como medida el Decálogo y la Ley cristiana que lo resume y completa encontramos que el fundamento de la vida son dos virtudes: la justicia y la caridad.

Y bien: cuando en la vida pública la observancia de las leyes sociales, la reivindicación del derecho, la administración y la tutela son dominadas por el compromiso, por la amistad personal, por los favores particulares o por las recompensas manifiestas u ocultas, y cuando la asignación de un puesto de trabajo de-

pende no tanto de la capacidad profesional o de la honradez del que lo pide cuanto de la red de intereses que se conectan, o de la simpatía personal, o del conocimiento ocasional, o, en fin, de las ideas políticas o religiosas, ¿podemos decir que todo este sistema constituya un contexto moral favorable a la educación juvenil?

Es inútil negar o atenuar la trascendencia del hecho; estamos cansados de repetir que este aura de paternalismo, esta cadena de clientela familiar y política constituyen uno de los factores más graves de inmoralidad de los que sufrimos y que influyen gravemente en el carácter de los jóvenes.

Se dice que es preciso «adecuarse a los tiempos», adjudicando a estas actuaciones algo de irremediable; si así fuera, ¿cómo podrá exhortarse a los muchachos a trabajar, a mejorarse, a capacitarse intelectual y profesionalmente, a abrazar un alto ideal de rigor moral? Antes al contrario, *el ejemplo de nuestra sociedad de hoy haría necesario escribir el manual que enseñe el modo de sustraerse al deber, de obtener el máximo dando el mínimo, de tener los favores sin cuidarse de los que no podrán procurárselos.*

Una atmósfera cuajada de posibilismo y de compromiso, de frases altisonantes, de ejemplos mezquinos, es sumamente deleznable para la formación del carácter de nuestros muchachos.

LA ESCUELA Y EL ADOLESCENTE

La cuestión de la instrucción y de la Escuela es una de las más debatidas en Italia. Ha de entenderse por Escuela la concepción lata que inscribe a todos los grados de la enseñanza sin excluir a ninguno.

El desarrollo industrial italiano ha originado, como en todos los países, una movilidad social, fruto de la progresiva industrialización. Esta movilidad o cambio de las fuerzas del trabajo de una actividad a otra ha motivado una dinámica de toda la sociedad. En efecto, la actividad considerada como primaria (agricultura, pastoreo, guardas forestales, etc.) ve reducir paulatinamente el número de los que a ella se dedican; por el contrario, el contingente de los que se entregan a actividades secundarias (industrias de producción y de transformación en general) y terciarias (actividades de crédito, comercio, de administración, de organización de la vida social) aumenta considerablemente.

Este fenómeno socio-económico trae aparejado un problema de formación que ha de reflejarse en la actividad escolar en sus diversos grados.

Según la investigación llevada a cabo por la SVIMEZ (Asociación para el Desarrollo de la Industria en el Mediodía, de Italia), los datos comparativos de personal preparado, basados en la posesión de títulos académicos en los diferentes sectores de trabajo, eran en 1960 los siguientes: 14 millones de operarios no cualificados, 4.500.000 operarios cualificados, un millón de técnicos intermedios, 500.000 técnicos superiores y dirigentes.

Teniendo en cuenta el ritmo actual del desarrollo italiano, y haciendo una previsión para los próximos quince años, las cifras deben variar de este modo: 4.500.000 operarios no cualificados, 10.345.000 operarios cualificados, 3.904.000 técnicos intermedios, 2.670.000 técnicos superiores y dirigentes.

La Escuela debe asegurar, dentro de los próximos quince años, la instrucción a todos los muchachos hasta los catorce años; debe llegar al 80 por 100 de licenciados intermedios para todas las ramas escolásti-

cas y elevar el porcentaje anual de licenciados en las diferentes especialidades en la proporción siguiente: un 1.200 por 100 de licenciados de escuelas profesionales, un 150 por 100 de diplomados de institutos técnicos de varios tipos y un 60 por 100 de diplomados de escuelas humanísticas, es decir, liceo clásico y liceo científico.

Si se añade que para formar un profesor técnico, de seis a veintiséis años, se necesitan dieciocho o veinte años de estudios, se comprenderá fácilmente el inmenso cometido que incumbe a la Escuela.

Junto a este fenómeno de movilidad social, que implica un reforzamiento de la instrucción, ya que el material humano genérico tiende a desaparecer en el mundo del trabajo, se da el de la extensión de la escolaridad, que actualmente ha aumentado sus límites inferior y superior y que necesariamente debe abarcarlos si se persigue la meta de una educación eficaz.

Así, pues, en Italia frecuentan la Escuela maternal (de tres a seis años) sólo el 45 por 100 de los niños comprendidos en estas edades; la Escuela elemental (de siete a diez años), un 95 por 100; el porcentaje de los que asisten a Escuelas medias y de orientación asciende al 74 por 100 del total (de once a catorce años); por último, las Escuelas de segundo grado (de catorce a diecinueve años) y las Escuelas superiores y Universidad arrojan un 22 por 100 y un 6,9 por 100, respectivamente.

Si se comparan estas cifras con las que arrojan los países más desarrollados se aprecia notablemente el desnivel existente entre ambos. El porcentaje de frecuentación escolar de once a catorce años alcanza en Francia el 98 por 100, y el 99 por 100 en Bélgica, Holanda, Estados Unidos, Inglaterra y Alemania occidental. Asimismo, la frecuentación de muchachos de catorce a diecinueve años, que en Italia es sólo de un 22 por 100, contrasta con el 40 por 100 en Francia, el 44 por 100 en Bélgica, el 47 por 100 en Holanda, el 51 por 100 en Alemania y el 80 por 100 en Estados Unidos.

El problema de la frecuentación escolar generalizada no puede ser resuelto solamente en el plano escolar, sino que presenta implicaciones de carácter económico-social. Si el nivel de vida no mejora, si los muchachos no tienen ni medios ni posibilidad de asistir a la Escuela, no llegaremos a obtener una educación eficiente.

El ambiente en que el muchacho vive debe ser tal que le impulse al estudio, que le haga apreciar la cultura, estimulándole a enriquecerse espiritualmente. Pero también debe cambiar la didáctica: debe sugerir el espíritu de cooperación que prepara a pensar, a discutir y a interesarse por algo más vasto y elevado que la revista o el charlatán. No basta la lección aprendida y recitada a la perfección. No se puede continuar cultivando en la Escuela «el primero de la clase» en la época de la cooperación social y del trabajo en equipos.

EL ADOLESCENTE Y LA VIDA ESPIRITUAL

Después de abordar los tres factores, familia, sociedad, escuela, réstanos decir algo sobre la formación espiritual del joven.

No es del todo exacto que la civilización industrial adolece de eclipse de lo divino. En el mundo de hoy la necesidad de Dios es mucho más viva. Pero la respuesta dada comúnmente a esta necesidad no es siem-

pre satisfactoria. Una cosa es el sentido de Dios y otras las devociones, incluso útiles, aunque no fundamentales, y otra el devocionismo, que a veces angustia.

Los jóvenes no se contentan con las palabras ni los sermones; quieren que se impregnen de justicia y caridad, además de la verdad, el valor y la lealtad. Que le podamos brindar del culto a lo justo y verdadero y de la persecución del bien común cuando éste requiera para conseguirlo un sacrificio personal.

REFLEXIONES FINALES

Después de la valoración analítica de los elementos que componen el mundo del adolescente (italiano en este caso), el profesor Barbano hace unas observaciones muy oportunas que aclaran posibles equívocos. En efecto, el cuadro que deja trazado y que hemos reseñado someramente no significa acusación ni invita al pesimismo; hay también hechos positivos que llevan afortunadamente a compensar lo que en los otros haya de negativo.

Cuando se habla de la escasa capacidad educativa de la familia, del ejemplo poco edificante de la calle, de las carencias de la Escuela, de la necesidad de revisar los métodos de formación moral y religiosa, no se quiere decir que todo sea demoledor, antieducativo o socialmente negativo. Vivimos en una sociedad que posee muchos factores de salud; el pueblo está dotado de gran virtud y el renacimiento moral, político y económico del país desde 1945 hasta hoy es una prueba de ello.

Cuando se trata, por ejemplo, de la inadaptación o delincuencia de menores, se observa en el plano internacional que Italia no se encuentra entre los mayores porcentajes; la familia italiana es, en conjunto, sana y unida; los esfuerzos actuales para adecuar la escuela a las necesidades de la sociedad presente y de la futura son un hecho, aunque todavía no basten a superar las necesidades.

No obstante el hecho positivo, el mal existe, los peligros abundan y se manifiestan deficiencias. Recordemos, pues, que *la adolescencia debe ser vista en su realidad, en su valor, que es al mismo tiempo biológico,*

psicológico, social y espiritual. La adolescencia es una realidad viva, en progreso, pero igual a sí misma y volcada hacia el mañana. Es el momento fundamental de la integración humana en la familia, en la sociedad, en la cultura, en la vida.

Es cuando el joven debe ser comprendido y al mismo tiempo guiado, instruido, ayudado, acompañado y corregido.

Es necesario evitar el caer en uno de los dos extremos exclusivos y opuestos; es decir, el acusar sistemáticamente a la juventud o el adularla. El adulto no ha de abdicar frente al joven, pero tampoco debe pretender condenarle a la inmovilidad. La acción del adulto en favor del joven, del adolescente, será de carácter general sobre el ambiente y sobre las instituciones; pero también de carácter particular, específico, según que los muchachos se encuentren en las diferentes edades o situaciones e individualmente según el caso particular de cada uno.

La acción general consiste en la renovación del ambiente social, económico, político y familiar. Esto implica la revisión y mejora de ordenaciones políticas, la adaptación de la estructura social, la adecuación de las formas y métodos de educación, ya sea familiar, ya personal, porque en el mundo nuevo de la sociedad en camino los valores perennes se conserven y su adquisición sea cosa factible.

No persigamos la conservación y menos la regresión; busquemos la evolución y el progreso de la tradición. Con palabras de Su Santidad Juan XXIII en su Encíclica «Mater et Magistra»: *No cuentan, o, mejor, cuentan sólo de manera relativa las formas y las instituciones. Las unas y las otras deben explicitar los valores eternos implícitos en el ser. De otro modo no son válidas y resultarán deformadoras, opresivas, anti-humanas.*

Pero no todo es reforma de institutos, revisión de métodos. Antes se precisa la cura espiritual de los adultos, su renovación moral. Si no se da ésta se hace imposible la renovación social, y los mismos establecimientos creados para los muchachos resultarán ineficaces.

Aquí finaliza la crónica sobre el interesante trabajo que hemos comentado a lo largo del artículo.